

## EN DEFENSA DE CHECHENIA

Lo que ocurrió entonces fue lo que siempre sucede cuando un Estado con gran fuerza militar entra en contacto con pueblos pequeños y primitivos que llevan una vida independiente. Ya sea con el pretexto de la defensa propia, aunque los ataques sean siempre provocados por las agresiones del fuerte vecino, ya sea con el pretexto de llevar la civilización a un pueblo salvaje, aunque éste viva incomparablemente mejor y más pacíficamente que sus civilizadores [...] los sirvientes de grandes Estados militares cometen todo tipo de fechorías contra naciones pequeñas, insistiendo en que es imposible tratarlas de otra forma.

León Tolstoi, borrador de 1902 de *Jadyi Murat*

En la década y media transcurrida desde el final de la Guerra Fría el mapa de Europa oriental ha cambiado sustancialmente. Como consecuencia del colapso de la Unión Soviética y de las guerras de secesión en Yugoslavia han surgido más de una docena de nuevos países, formando un arco de nuevos Estados soberanos que se extiende desde Estonia hasta Azerbayán. La mayoría de ellos, instigados por Estados Unidos, se han incorporado a las estructuras de defensa euroatlánticas, y algunos han entrado en la Unión Europea a principios de este año; Estonia, Letonia y Lituania se sitúan ahora en la frontera del Mercado Único, mientras que Georgia y Ucrania han solicitado su ingreso en la OTAN. El continente se ha transformado.

Chechenia ofrece un marcado contraste con esas trayectorias. Allí, como en los países bálticos, surgió durante la *perestroika* un potente movimiento independentista, y a finales de 1991 se ratificó democráticamente un amplio consenso nacional en favor de la secesión. A principios de ese mismo año los ciudadanos de Estonia, Letonia y Lituania votaron abrumadoramente en favor de la separación de la URSS; los resultados de los correspondientes referenda fueron rápidamente aprobados por el Soviet Supremo de la URSS y los tres nuevos Estados, con poblaciones de 1,6, 2,7 y 3,7 millones de habitantes, respectivamente, fueron admitidos en la ONU en cuestión de semanas; pero Chechenia –con 15.000 km<sup>2</sup> de extensión, ligeramente menos que Gales, y una población en torno a un millón de habitantes– ha sufrido desde 1992 dos asaltos a gran escala de la quinta potencia militar del mundo y está entrando en el sexto año de una ocupación despiadada que pretende redu-

cir la población al hambre y la sumisión. Mientras que los ciudadanos de los países bálticos pueden cruzar ahora libremente las fronteras de Europa, los chechenos tienen que pasar por puestos de control rusos y sufrir las llamadas *zachistki* –operaciones de «limpieza» pretendidamente destinadas a controlar los documentos de identidad– que acarrear habitualmente el secuestro, la tortura, la desaparición o la ejecución sumaria de los detenidos, así como el saqueo y mayor empobrecimiento de quienes no han huido. La devastación provocada es increíble, la brutalidad infinita e incontrolada, y no se conoce el número exacto de bajas.

Las discusiones sobre el conflicto ruso-checheno raramente se han ocupado de esta creciente divergencia entre el destino de unas y otras naciones, situándolo preferiblemente en el terreno de la ofuscación patrocinada por el Estado ruso sobre la «guerra contra el terror», o bien caracterizándolo como resultado inevitable de un antagonismo histórico de larga tradición. El legado de la resistencia chechena frente a la colonización rusa –desde las primeras confrontaciones con los colonos cosacos en el siglo xvi hasta la expansión hacia el sur del imperio zarista en el xix, prolongada en el periodo soviético– ha desempeñado sin duda un papel importante en la galvanización del movimiento secesionista, influido también sin duda por la experiencia de la deportación y el exilio sufridos por varios pueblos del norte del Cáucaso en 1944. Aun así, las raíces inmediatas de la guerra actual se pueden detectar en el cínico plan del Kremlin de alzar a Putin al poder y de revocar las derrotas sufridas en 1994-1996.

Pero como puntal de la resistencia chechena, pasada y presente, ha habido una lucha permanente por la autodeterminación. Las reivindicaciones chechenas –soberanía total, manteniendo los vínculos económicos y sociales con Rusia– son relativamente modestas y tienen una sólida base constitucional. La respuesta, no obstante, ha sido cada vez más desproporcionada, y las fuerzas rusas han desencadenado ataques de una ferocidad sin par en aquellas tierras desde la Segunda Guerra Mundial. En Occidente, en las raras ocasiones en que se ha dedicado atención a Chechenia, ha habido una unanimidad casi total en que su independencia podría perjudicar a la democracia rusa y su incipiente capitalismo. Lo que sigue es un intento de demostrar la debilidad de hecho, y la desvergüenza –desde el punto de vista de los principios– de los argumentos empleados para negar el derecho fundamental del pueblo checheno a gobernarse a sí mismo.

Los chechenos constituyen una mezcolanza intrincada de pueblos que cubren el norte del Cáucaso<sup>1</sup>. «Checheno» es de hecho un término ruso,

---

<sup>1</sup> Para un estudio histórico detallado, véase John DUNLOP, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, Cambridge, 1998, cap. 1. La referencia clásica es John BADDELEY, *The Russian Conquest of the Caucasus* [1908], Londres, 1999; véase también Anatol LIEVEN, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, New Haven, 1998. El libro de A. Lieven, un compendio de información fascinante y observaciones agudas, ofrece un notable contraste con sus actuales comentarios sobre los asuntos chechenos, caracterizados por una gran simpatía hacia las posiciones de Putin.

tomado de un pueblo en cuyas proximidades tuvo lugar en 1732 una batalla entre los colonos cosacos y la población local; los chechenos –descendientes míticos, «como chispas del acero», del héroe Turpalo-Nojchuo–, se refieren a sí mismos como «nojchii», y están estrechamente relacionados con los vecinos ingushes, con los que comparten muchas costumbres. Esos dos pueblos, cuyas lenguas son mutuamente inteligibles, son conocidos conjuntamente como «vainaj», y hay constancia de su presencia en esa área durante más de seis mil años, dedicados a la ganadería, la agricultura de subsistencia y el aprovechamiento de los bosques circundantes. Como en el caso de los pueblos montañoses de otros lugares, en la sociedad chechena no se desarrollaron estructuras feudales, y componiéndose más bien de grupos de clanes que vivían en una igualdad formal: «libres e iguales como lobos», como dice el proverbio checheno. Esa forma acéfala, esencialmente democrática, de organización social distingue a los chechenos de muchos otros pueblos del norte del Cáucaso, como los kabardianos o los ávaros [daguestaníes], e iba a tener implicaciones de gran alcance: en primer lugar porque significaba que no existía una elite nativa a la que pudieran cooptar los zares, y en segundo lugar porque los chechenos estaban ya en cierto sentido organizados idóneamente para una guerra de guerrillas.

### *Rebeliones en la frontera*

La tradición chechena de resistencia con el fin de desembarazarse del dominio exterior resulta llamativa por su profundidad y coherencia. Allí ha sido más profunda que en otros lugares debido a cierta combinación de factores: relaciones sociales preexistentes, moldes culturales, experiencia histórica concreta y condiciones ambientales. La topografía y la demografía han sido decisivas. Los espesos bosques de las montañas de Chechenia proporcionaban mejor cobertura para la resistencia que, por ejemplo, en Ingushetia; además, siendo el más numeroso de los pueblos del norte del Cáucaso, los chechenos suponían la mayoría de los voluntarios para las rebeliones contra el dominio ruso. Su historial de lucha los distingue de sus vecinos, entre los que abundan la admiración y el resentimiento hacia los chechenos. Fue sobre todo la disparidad entre las experiencias y actitudes chechenas e ingushes frente al dominio ruso –los ingushes se abstuvieron en gran medida en las rebeliones de 1840-1859 y 1920– la que propició la decisión de Ingushetia de separarse de Chechenia en el referéndum de 1991.

La resistencia se ha visto sostenida y perpetuada por la cultura chechena, en la que, como en otros lugares del Cáucaso, destacan el honor –tanto marcial como familiar– y la hospitalidad. La memoria desempeña un papel central, no sólo en sus tradiciones orales –en particular las canciones épicas *illi-*, sino también en la costumbre de recordar siete generaciones de antepasados. La historia no es para ellos un registro desapasionado de acontecimientos; es la base de la propia identidad

chechena<sup>2</sup>. La religión ha sido también un elemento importante: el Islam penetró en el Cáucaso oriental durante los siglos xvii y xviii, combinándose con las tradiciones animistas locales. La hermandad sufi *naqsh-bandi*, con su aversión a la jerarquía y su doctrina de resistencia, tenía un fuerte atractivo para los chechenos, y el liderazgo sufi permitió unir a diversos pueblos del Cáucaso tras la bandera de la solidaridad islámica y movilizar en el siglo xix la resistencia más eficaz frente al dominio colonial ruso<sup>3</sup>.

La expansión de Rusia hacia el sur comenzó con la conquista del janato de Astraján por Iván el Terrible en 1552, y los primeros contactos entre chechenos y rusos datan de esa época. Pero los cambios de fortuna y otras prioridades geopolíticas motivaron que los intereses imperiales rusos en el Cáucaso no resucitaran hasta finales del siglo xviii, provocando el levantamiento en 1785-1791 del jeque Al-Mansur, cuyos ejércitos infligieron una dura derrota a Catalina la Grande. Tras las guerras napoleónicas los zares comenzaron a colonizar a fondo la región, construyendo líneas fortificadas a lo largo de los ríos Terek y Sunya, que la atraviesan de oeste a este. La política colonial rusa fue similar a la adoptada por otras potencias europeas en sus relaciones con pueblos tribales; en el Cáucaso estuvo a cargo del general Aleksei Yermolov, quien desde 1816 intentó someter a Chechenia, donde la resistencia era más dura, mediante incursiones punitivas contra los pueblos montañoses, castigos colectivos, destrucción de casas y cultivos, deforestación, deportaciones masivas y asentamiento de cosacos en las tierras abandonadas por los chechenos huidos. Esa actitud no sólo desposeyó y enfureció a toda la población, sino que también tuvo consecuencias sociológicas a largo plazo. En su empeño de desalojar a los chechenos de las tierras bajas cultivables hacia las montañas, donde suponía que acabarían muriendo de hambre, Yermolov bloqueó la formación de una aristocracia terrateniente en la sociedad chechena, cimentando así el orden basado en clanes que hizo tan eficaz la resistencia<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Sobre la orientación hacia el pasado de la cultura chechena y su épica, véase Obkhad DZHAMBKOV, «O khudozhestvennom vremeni v ustno-poeticheskom nasledii chechentsev», en J. V. TURKAEV (ed.), *Kul'tura Chechni: Istorii i sovremennye problemy*, Moscú, 2002, p. 71; véanse también los artículos en ese mismo volumen de Z. I. Jasbulatova sobre la etiqueta y las tradiciones de ayuda mutua, y de V. I. Markovin sobre la arquitectura tradicional. Sobre música y canciones chechenas, véase Iu. A. AIDAEV (ed.), *Chechentsy: Istorii i sovremennost'*, Moscú, 1996, pp. 297-305. Sobre mitos y leyendas, véase A. O. MALSAGOV (comp.), *Skazki i legendy ingushei i chechentsev*, Moscú, 1983 (hay una versión en inglés editada en 1996 por la Folklore Society); la memoria de Jassan BAIIEV *The Oath: A Surgeon Under Fire*, Londres, 2003, también ofrece muchos datos sobre la cultura y la vida cotidiana chechenas en el periodo soviético, así como impresionantes testimonios de las dos últimas guerras.

<sup>3</sup> Véase A. Lieven, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, cit., pp. 359-363.

<sup>4</sup> M. M. BLIEV y V. V. DEGOEV, *Kavkazskaia voina*, Moscú, 1994, citado en J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., p. 16. El retrato de Yermolov cuelga actualmente en el cuartel general del Ejército Ruso en el norte del Cáucaso en Rostov-sobre-el-Don: véase Dmitri TRENIN y Aleksei MALASHENKO, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, Washington DC, 2004, p. 139.

Los chechenos respondieron en un primer momento a la brutalidad de Yermolov con incursiones armadas ocasionales contra las posiciones rusas; pero a finales de la década de 1830 la resistencia se había agrupado en torno al imam Shamil, un *ávaro* de Daguestán que entendía que la mejor forma de defender contra el invasor las costumbres locales –incluidas las *adat* o leyes consuetudinarias– era la disciplina islámica. Entre 1840 y 1859 la represión zarista se convirtió en una guerra a gran escala contra el proto-Estado de Shamil<sup>5</sup>. Los ejércitos de Alejandro II vencieron finalmente mediante la pura fuerza militar, pero la persistencia del conflicto en el flanco meridional de su imperio indujo evidentemente al zar, tras la guerra de Crimea [1853-1854], a acelerar los planes que su padre [Nicolás I] había confiado al mariscal Paskievich, el sucesor de Yermolov, en 1829: el «exterminio de los recalcitrantes». Las deportaciones forzosas de los pueblos musulmanes del norte del Cáucaso comenzaron en 1856 y se mantuvieron hasta 1864; un total de 600.000 habitantes, entre ellos 100.000 chechenos, fueron expulsados al imperio otomano, donde decenas de miles perecieron de hambre y enfermedades. Los circasianos, por ejemplo, no se han vuelto a recuperar demográficamente; pero la mayoría de los chechenos que sobrevivieron acabaron regresando, aunque muchos de ellos permanecieron en las actuales Turquía y Jordania.

De 1877 a 1878 volvió a propagarse la rebelión en Chechenia y Daguestán, esta vez movilizada principalmente por hermandades sufíes *qadiri*, y fue de nuevo brutalmente aplastada. Siguió un periodo relativamente tranquilo, en el que los chechenos permanecieron marginados social y económicamente y sometidos a un hambre de tierra más severa que la de los campesinos rusos: en 1912 los chechenos e ingushes poseían menos de la mitad de tierra por persona que los cosacos del Terek<sup>6</sup>. El descubrimiento de petróleo cerca de Grozni en la década de 1880 trajo consigo un rápido crecimiento industrial y urbano, pero los escasos beneficios que esto supuso fueron a parar sobre todo a los trabajadores inmigrantes rusos; de hecho, Grozni seguía siendo una ciudad predominantemente rusa hasta bien avanzada la década de los setenta. Sin embargo, como el imperio deseaba cuadros locales fiables, una pequeña minoría de chechenos comenzó a recibir educación rusa. Fue entre esos hombres, influidos por las ideas de los *narodniki* [«populistas»] y más tarde de los socialdemócratas, donde comenzó a emerger una intelectualidad local a finales del siglo XIX; y aunque en un primer momento se dedicó sobre todo al registro del folclore y las tradiciones de su pueblo en trabajos académicos,

---

<sup>5</sup> Para un estudio académico, véase Moshe GAMMER, *Muslim Resistance to the Tsar: Shamil and the Conquest of Chechnya and Daghestan*, Londres, 1994; la última obra de León Tolstói, *Jadyi Murat*, que no se publicó hasta 1912, ofrece una notable visión literaria de la rebelión y de sus adversarios imperiales. Tolstói sirvió en Chechenia desde mayo de 1851 hasta enero de 1854, en el momento más crítico de la guerra.

<sup>6</sup> 5,8 y 3 desiatinas por cabeza, respectivamente, frente a 13,6 para los cosacos (1 desiatina = 1,09 hectáreas). Véase J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., p. 33.

durante la primera década del siglo xx ya predominaban los artículos críticos sobre la coyuntura del momento<sup>7</sup>. Varias de tales figuras participaron en la creación de una república independiente de las Montañas del Norte del Cáucaso en 1918, mientras que otros lucharon junto a los rojos durante la guerra civil como el mejor medio para asegurar su autonomía local (entre ellos estaba Aslanbek Sheripov, cuyo hermano Mairbek iba a dirigir un levantamiento contra Stalin en 1940). Sin embargo, a finales de la era zarista todavía no existía un claro nacionalismo checheno: las aspiraciones a la soberanía se expresaban en términos pancaucásicos.

### *De la revolución a la deportación*

El destacado papel desempeñado por los cosacos en el ejército blanco, que se desplazó al norte del Cáucaso en 1919, galvanizó a la oposición chechena. Movilizada por hermandades sufíes en el campo, y por radicales como Sheripov en Grozni —que sobrevivió a un asedio de los blancos durante cien días en 1918— la resistencia mantuvo ocupada a una tercera parte de las fuerzas del general blanco Denikin en un momento crucial de la guerra civil<sup>8</sup>. Sin embargo, tras la retirada de los blancos en 1920 el Ejército Rojo reprodujo inicialmente el modelo de las incursiones punitivas, y la resistencia prosiguió. En 1921 Stalin —entonces Comisario del Pueblo para las Nacionalidades— se vio obligado a conceder una autonomía plena a la rebautizada República Montañesa Soviética, a aceptar las leyes islámicas locales y a devolver parte de las tierras otorgadas a los cosacos. Al cabo de un año los soviéticos renegaron de esas promesas, enviando destacamentos del ejército para desarmar por la fuerza a los chechenos de las tierras altas. En el verano de 1925 se precisaron nuevas medidas de «pacificación», incluidos bombardeos aéreos y de artillería sobre las aldeas de las zonas montañosas.

Pero, aunque muchos chechenos consideraban el gobierno soviético como una dominación rusa restaurada, otros se mostraban más favorables al orden comunista, entendiéndolo como la vía chechena a la modernidad. Gran parte de esa ambigüedad se ha mantenido hasta el presente, ya que el sistema soviético proporcionó oportunidades profesionales e infraestructuras sociales que el orden patriarcal no había ofrecido nunca. En el campo de la cultura, los escritores chechenos se alejaron de las tradiciones poéticas árabes de los siglos precedentes optando por una ficción realista al estilo de Gorki; fue el novelista y autor teatral Jalid Oshaiev quien estableció la transcripción latina del checheno en 1925, anticipándose a Atatürk en tres años<sup>9</sup>. Sin embargo, a finales de la década de los treinta la modernización

<sup>7</sup> J. V. TURKAEV, «Rossiia i Chechnia: aspekty istoriko-kul'turnykh vzaimosvyezai do 1917g.», en Turkaev, *Kul'tura Chechni*, cit., pp. 164-187.

<sup>8</sup> Abdurahman AVTORKHANOV, «The Chechens and the Ingush During the Soviet Period and Its Antecedents», en Marie Bennigsen Broxup (ed.), *The North Caucasus Barrier*, Nueva York, 1992, pp. 147-194.

<sup>9</sup> Iu. A. Aidaev, *Chechentsy: Istoriia i sovremennost'*, cit., pp. 287-290.

se había convertido en un sinónimo absoluto de rusificación. Esto se expresó simbólicamente en la obligatoriedad de la utilización en la escritura del alfabeto cirílico, y en sentido literal mediante los ajustes impuestos a los límites administrativos destinados a diluir el peso de las nacionalidades reconocidas en las Repúblicas Socialistas Soviéticas Autónomas del Cáucaso recientemente formadas, lo cual se consiguió mezclando distintos grupos y añadiéndoles áreas con población predominantemente rusa<sup>10</sup>.

Como en el resto de la URSS, el inicio de la colectivización en Chechenia en el otoño de 1929 marcó el comienzo de una fase cualitativamente diferente de la historia soviética. Como respuesta a las detenciones arbitrarias y las confiscaciones de ganado se inició una nueva oleada de resistencia armada: se quemaron los archivos oficiales y docenas de agentes de la GPU perdieron la vida, lo que provocó el envío del Ejército Rojo en diciembre de ese mismo año. Sufrió grandes pérdidas y la línea del Kremlin se suavizó hasta 1931, cuando la GPU detuvo a 35.000 chechenos e ingushes por «actividades anti-soviéticas». El año siguiente se emprendieron nuevas medidas de fuerza contra la intelectualidad local, aunque las 3.000 detenciones de 1932 fueron casi quintuplicadas por las 14.000 –el 3 por 100 de la población– que tuvieron lugar durante 1937; aun así, la actividad guerrillera se mantuvo en las montañas del sur de Chechenia hasta 1938. Una muestra indirecta del peaje que supusieron las detenciones y la represión de esos años se deduce del hecho de que entre los censos soviéticos de 1937 y 1939 Chechenia-Ingushetia sufrió una pérdida de población de 35.000 habitantes<sup>11</sup>.

Pero la devastación provocada por la GPU palidece comparada con las deportaciones genocidas de 1944. Si las primeras fueron algo generalizado en toda la Unión Soviética, estas últimas estuvieron escalofriantemente localizadas en determinadas áreas. El pretexto aducido por las autoridades soviéticas fue que varios pueblos del norte del Cáucaso y los tártaros de Crimea habían colaborado masivamente con las fuerzas de ocupación nazis. Cierto es que los círculos emigrados chechenos –incluido el nieto del imam Shamil– habían mantenido un breve contacto con las autoridades alemanas; pero en la propia Chechenia las oportunidades para colaborar con el enemigo eran muy limitadas: tras tomar Rostov, Stavropol, Krasnodar y Mozdok a finales de agosto de 1942, la Wehrmacht se detuvo antes de llegar a Grozni. La única ciudad de Chechenia-Ingushetia sobre la que consiguieron establecer su control antes de retirarse a finales de 1942 fue Malgobek, cuya población era predominantemente

<sup>10</sup> Quizá el efecto más duradero de la rusificación ha sido el derivado de que el checheno no se enseñara en las escuelas soviéticas: aunque el 98 por 100 de los chechenos la tienen como lengua materna, el checheno sigue siendo en gran medida una lengua sólo oral; hasta el momento la mayoría abrumadora de las publicaciones en Chechenia están escritas en ruso. Para un repaso a los medios de comunicación chechenos, véase Valerii TISHKOV, *Obschestvo v vooruzhennom konflikte: Etnografiya chechenskoi voyny*, Moscú, 2001, pp. 453-455; una versión abreviada en inglés se ha publicado como *Chechnya: Life in a War-Torn Society*, Berkeley, 2004.

<sup>11</sup> A. Avtorkhanov, «Chechens and Ingush», cit.; J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., pp. 49-56.

rusa<sup>12</sup>. En Chechenia, como en otros lugares, los escasos puñados de colaboradores tenían como contrapartida el gran número de caucásicos y tártaros –entre ellos 17.413 chechenos– que se presentaron voluntarios para servir en el Ejército Rojo o que combatieron en partidas guerrilleras tras las líneas alemanas.

La motivación real era sin duda el rechazo obstinado de la mayoría de los chechenos a someterse a la autoridad soviética, que dio lugar a la insurrección nacionalista dirigida por Hassan Israilov y Mairbek Sheripov, iniciada en 1940 –cuando Hitler y Stalin eran oficialmente aliados– y que en 1942 había obtenido el control de varias regiones montañosas en las que se estableció un gobierno provisional<sup>13</sup>. En lugar de desplegarse contra los ejércitos de Hitler, la fuerza aérea soviética bombardeó las *aul* [«aldeas»] de las montañas en un intento de aplastar al Comité Nacional del Norte del Cáucaso.

El plan para la deportación se elaboró en octubre de 1943, con el nombre codificado de «Operación Lentil»; las dos primeras sílabas de la palabra rusa *chechevitsa* con la que se conoció indica claramente cuál era su principal objetivo. El 23 de febrero de 1944, en un proceso supervisado personalmente por Beria, 178.000 chechenos e ingushes fueron obligados a subir a camiones Studebaker y enviados a Asia central en trenes de mercancías atestados, junto con 50.000 balkares; los calmucos y karachais sufrieron un destino similar. La comida era escasa, las enfermedades abundantes y muchos murieron simplemente de frío. Los archivos del NKVD ofrecen una tasa oficial de mortalidad del 23,7 por 100 en los trenes, lo que supone un total de 144.704 personas. Las estimaciones indirectas de la pérdida de población entre los chechenos varían entre 170.000 y 200.000<sup>14</sup>.

### *El regreso del exilio*

Aunque la rebelión de Israilov proporcionó un breve atisbo de un nacionalismo checheno moderno, éste se forjó en gran medida en la expe-

<sup>12</sup> Véase Aleksandr NEKRICH, *The Punished Peoples*, Nueva York, 1978, pp. 36-38.

<sup>13</sup> Israilov, nacido en 1910 y miembro del Partido desde 1929, fue detenido dos veces por criticar por escrito el «saqueo de Chechenia por el soviét y la dirección del partido local». En enero de 1940 escribió lo siguiente al secretario del partido de la RSSA de Chechenia-Ingushetia: «Durante veinte años las autoridades soviéticas han combatido a mi pueblo, pretendiendo destruirlo paulatinamente: primero los *kulaks*, luego los *mullabs* y “bandidos”, después los nacionalistas burgueses [...]. Ahora estoy seguro de que la finalidad real de esta guerra es la aniquilación de la totalidad de nuestra nación. Por eso he decidido asumir el liderazgo de mi pueblo en su lucha por la liberación». Véase A. Avtorkhanov, «Chechens and Ingush», cit., pp. 181-182. J. Dunlop destaca la formación laica de Israilov, insólita en un líder de la resistencia chechena: *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., pp. 56-58.

<sup>14</sup> A. Nekrich, *The Punished Peoples*, cit., p. 138; J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., pp. 62-70.



riencia de la deportación y el exilio. La especificidad brutal de la política soviética para con las nacionalidades y el sentimiento de un amargo destino compartido contribuyeron a la formación de la conciencia nacional chechena. Las hermandades sufíes desempeñaron también un papel clave en el exilio, ya que sus actividades clandestinas perpetuaban una tradición religiosa específicamente chechena. Aunque el Islam iba a resurgir durante la *perestroika*, no hay duda de que en Chechenia la religión sirvió como «atavío espiritual de una lucha de liberación nacional»<sup>15</sup>.

Los chechenos e ingushes que sobrevivieron en el exilio estaban sometidos a restricciones severas de residencia y sólo podían trabajar, en su mayoría, como obreros manuales. Con la desestalinización a finales de la década de los cincuenta comenzaron a regresar a la restablecida RSSA de Chechenia-Ingushetia. Pero incluso después de su regreso se vieron fuertemente discriminados y excluidos de los empleos especializados, y esa marginación contribuyó a consolidar la identificación nacional que había comenzado a desarrollarse en el exilio. Durante los últimos años de la Unión Soviética la economía de Chechenia-Ingushetia estaba dividida en dos esferas. Los rusos, en gran medida urbanos –24 por 100 de la población total de la República, de 1,2 millones de habitantes– dominaban el sector industrial y petrolero, así como la sanidad, la educación y servicios sociales. Los chechenos e ingushes, predominantemente rurales –los primeros, que constituían el 64 por 100 de la población de la RSSA, mucho más numerosos que los últimos– trabajaban en la agricultura, en la construcción o en actividades mafiosas y criminales. Dada la mayor tasa de crecimiento de la población chechena e ingush con respecto a la rusa, en 1989 esos desequilibrios habían dado lugar a un «exceso» de la fuerza de trabajo estimado en más de 100.000 personas, mientras que una cuarta parte de los chechenos étnicos vivían ahora fuera de Chechenia-Ingushetia, que habían abandonado en busca de empleo. Además, como el resto del Cáucaso septentrional, Chechenia-Ingushetia tenía salarios notablemente más bajos y servicios sociales mucho menos dotados que el resto de la Rusia soviética: el salario medio en 1985 sólo alcanzaba el 83 por 100 del promedio en la RSFSR, bajando al 75 por 100 en 1991; la mortalidad infantil era del 23 por 1.000 en 1987, frente a una media del 14 por 1.000 en la RSFSR. En 1989 sólo el 5 por 100 de la población de Chechenia-Ingushetia tenía educación superior, mientras que el 16 por 100 eran analfabetos<sup>16</sup>.

El grueso de este *apartheid* económico era soportado, por supuesto, por la población rural –según el censo de 1989, el 59 por 100 de la población de Chechenia-Ingushetia, frente al 27 por 100 en el total de la RSFSR– y era sobre todo del sur, la parte más pobre de la República, de donde el movimiento independentista extraía su apoyo sustancial. Al final de la era soviética la pequeña intelectualidad chechena –producto en gran medida del siste-

<sup>15</sup> A. Lieven, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, cit., p. 357.

<sup>16</sup> Datos demográficos: V. Tishkov, *Obsbchestvo*, cit., p. 115; datos socioeconómicos: J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., pp. 85-88.

ma comunista— presionaba para obtener, como mínimo, una revisión de los términos de la pertenencia a la URSS. De hecho, como en otros lugares de Europa oriental, los principales dirigentes del movimiento nacionalista no provenían de la elite política, sino de los círculos artísticos e intelectuales locales —el poeta Zelimjan Yandarbiev y el actor Ajmed Zakaiev, por ejemplo—, aunque algunos, como Dyojar Dudaiev y Aslan Masjadov, provenían del Ejército Rojo, una de las pocas instituciones soviéticas relativamente abiertas a los talentos chechenos. El apoyo financiero provenía de magnates locales como Yaragui Mamadaiev o de emigrados a Moscú, mucho más numerosos y prósperos que las comunidades chechenas en el extranjero, que han influido relativamente poco en las condiciones actuales de su tierra ancestral.

Un factor decisivo en 1990-1991 fue el hecho de que, a diferencia de la gran mayoría de las repúblicas étnicas de Rusia, Chechenia no poseyera una *nomenklatura* nativa que pudiera mantener unida el poder, por las mismas razones que propiciaron el propio surgimiento del nacionalismo checheno. La GPU había diezmado a los líderes e intelectuales prerrevolucionarios, pero fue sobre todo la deportación y la subsiguiente discriminación la que «impidió a los chechenos formar una elite soviética consolidada y con confianza en sí misma que pudiera resolver pacíficamente la situación cuando la Unión Soviética comenzó a descomponerse»<sup>17</sup>.

### *La declaración de independencia*

Como en los países bálticos, los orígenes del movimiento nacionalista checheno fueron protagonizados por asociaciones informales creadas durante la *perestroika* como la sociedad cultural Kavkaz, Bart («Unidad») —que en 1990 se convirtió en el Partido Democrático Vainaj— y el Frente Popular de Chechenia-Ingushetia. Este último estaba estrechamente relacionado con la sección local del Partido Comunista y con el KGB, y en un primer momento se limitó a organizar protestas sobre cuestiones ambientales como la planta química que se planeaba construir en Gudermes o sobre la defensa de la cultura chechena (la ingush parecía tener menor importancia). Pero la idea de soberanía total se fue haciendo cada vez más presente en las discusiones durante 1990, y fuerzas más radicales se hicieron con la dirección del movimiento. El 26 de abril Gorbachev promulgó una ley que daba a todas las Repúblicas Socialistas Soviéticas Autónomas de Rusia «la plenitud total del poder estatal en su territorio» y las convertía en miembros de pleno derecho de la URSS, con el derecho constitucional a separarse de la Unión. En una visita a Kazán en agosto de 1990, mientras hacía campaña por la presidencia de la RSFSR, Yeltsin incitó a las repúblicas étnicas de Rusia a «asumir tanta soberanía como sean capaces de aguantar». El Primer Congreso Nacional checheno, cele-

---

<sup>17</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., p. 16.

brado en noviembre de 1990 con la aprobación total de la sección local del Partido Comunista, hizo suyas esas indicaciones declarando la soberanía de la República Chechena de Nojchi-cho, pero también decidió que el nuevo Estado seguiría formando parte de la URSS.

En ese momento las principales diferencias entre las fuerzas políticas de Chechenia-Ingushetia se referían a la composición de una nueva dirección nacional, a la forma de las relaciones con Moscú y al papel del Islam. Las principales facciones del Congreso Nacional checheno –los comunistas; un grupo laico procedente de la intelectualidad soviética y el Frente Popular; nacionalistas chechenos radicales como el Partido Democrático Vainaj, muchos de cuyos miembros defendían algún tipo de Estado islámico– entendían que la soberanía plena no exigía la secesión<sup>18</sup>. Ese consenso se rompió en 1991, mientras la Unión Soviética se aproximaba al colapso, cuando el Partido Comunista local se aferraba al poder mientras que la oposición nacionalista ganaba fuerza. Los agentes clave fueron el Partido Democrático Vainaj, dirigido por Zelimjan Yandarbiev, y el Comité Ejecutivo del Congreso Nacional Checheno, encabezado desde marzo de 1991 por Dyojar Dudaiev.

Durante los cinco años anteriores Dudaiev había estado al mando de una división de bombarderos de largo alcance en Tartu, y se vio muy influido por el creciente auge del movimiento independentista estonio. Abandonó Estonia justo en el momento en que el referéndum celebrado allí dio como resultado una gran mayoría en favor de la secesión, y ese acontecimiento le animó sin duda a adoptar una nueva actitud: después de todo, la población de Estonia, de 1,6 millones de habitantes, era sólo ligeramente mayor que la de Chechenia-Ingushetia, y esta última tenía una minoría rusa menor que la de Estonia o Letonia. La llegada del Dudaiev a Chechenia supuso una radicalización del Comité Ejecutivo, que pronto creó una Guardia Nacional armada y en el verano de 1991 exigió abiertamente la disolución del Soviet Supremo checheno-ingush, proclamando que la autoridad legítima residía ahora en el Congreso Nacional.

El golpe decisivo a la autoridad del Partido Comunista local se produjo con el golpe de agosto contra Gorbachev. Mientras que los dirigentes del Partido Comunista en Chechenia evitaban adoptar una actitud clara, el Comité Ejecutivo de Dudaiev convocó manifestaciones y una huelga general en defensa de Yeltsin. Se produjo una situación revolucionaria clásica de doble poder hasta la toma del Soviet Supremo el 6 de septiembre por la Guardia Nacional y los paramilitares del Partido de la Vía Islámica de Bislan Gantemirov<sup>19</sup>. Mientras miles de personas se dirigían

---

<sup>18</sup> J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., p. 93; A. Lieven, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, cit., pp. 56-64.

<sup>19</sup> El antiguo vendedor de coches usados Bislan Gantemirov se convirtió en alcalde de Grozni con Dudaiev, luego se pasó a la oposición y ocupó el mismo puesto para la administración títere rusa durante la guerra de 1994-1996; fue encarcelado por fraude en 1996, pero Putin lo indultó en 1999 y lo puso la cabeza de un grupo armado.

desde el campo hacia Grozni en apoyo a Dudaiev, los nacionalistas tomaron el control de más edificios gubernamentales durante el mes de septiembre. La respuesta del Comité Ejecutivo a la propuesta de Yeltsin de un Consejo Provisional para sustituir al Soviet Supremo, un compromiso más aceptable para el Partido Comunista local, fue constituir un gobierno provisional y convocar elecciones para el 27 de octubre. Dudaiev obtuvo una victoria abrumadora y declaró la independencia el 1 de noviembre, el día de su investidura como presidente<sup>20</sup>. A finales de ese mismo mes los ingushes decidieron formalmente separarse de Chechenia y permanecer como república autónoma dentro de Rusia.

La declaración de independencia de Dudaiev fue la última de una serie que había comenzado en Lituania en marzo de 1990. Le siguió Armenia en agosto, Georgia en abril de 1991, y entre el 20 y 31 de agosto de 1991 se produjeron declaraciones similares por parte de Estonia, Letonia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Azerbayán, Kirguisistán y Uzbekistán; Tadyikistán siguió el ejemplo en septiembre, Turkmenistán en octubre y Kazajistán en diciembre. El contraste entre el destino de esos nuevos Estados y el checheno es llamativo. El 6 de septiembre, por ejemplo, el Kremlin reconoció la independencia de Estonia, Letonia y Lituania, y el 17 de septiembre esos tres países fueron admitidos en la ONU; Ucrania y Bielorrusia eran ya miembros, pero el resto de las antiguas repúblicas soviéticas fueron admitidas el 2 de marzo de 1992 (excepto Georgia, que tuvo que esperar hasta julio por falta de gobierno). Entretanto, el 2 de noviembre de 1991 el Soviet Supremo de la RSFSR declaró que las elecciones que Dudaiev acababa de ganar habían sido ilegales. Durante la noche del 8 al 9 de noviembre fuerzas especiales rusas volaron a la base aérea de Jankala, cerca de Grozni, en un intento de derrocar a Dudaiev. Pero el intento de golpe se vio frustrado por una combinación de la oposición armada chechena y la obstrucción de Gorbachev, que todavía era nominalmente comandante en jefe del ejército soviético y no estaba dispuesto a repetir el baño de sangre que había tenido lugar en Lituania en enero. Las tropas rusas abandonaron Chechenia humilladas, y durante los tres años siguientes el país gozó de una independencia *de facto*.

La secesión de Chechenia no contravenía las leyes soviéticas, y el amplísimo margen de la victoria electoral de Dudaiev indicaba la profundidad del apoyo popular a la soberanía plena. Además, pese a todas las dudas que plantearon en cuanto a su legitimidad, las autoridades rusas acepta-

---

<sup>20</sup> Pese a las muchas irregularidades, y aunque los expertos han dado diferentes cifras finales –un 90 por 100 para Dudaiev con una participación del 72 por 100, o un 85 por 100 sobre un 77 por 100 de votantes–, el veredicto es claro. El ruso Serguei Arutiunov, experto en el Cáucaso, ha señalado que Dudaiev tenía entre un 60 y un 70 por 100 de apoyo. Véase «Chronology» en Diane CURRAN, Fiona HILL y Elena KOSTRITSYNA (eds.), *The Search for Peace in Chechnya: A Sourcebook 1994-1996*, Kennedy School of Government, Strengthening Democratic Institutions Project, marzo de 1997; y J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., p. 114.

ron en varias ocasiones la independencia chechena *de iure*. El 14 de marzo de 1992, tras negociar varias cuestiones legales, económicas y de seguridad, representantes chechenos y rusos firmaron documentos que se referían explícitamente a la «independencia política y soberanía estatal de la República Chechena», fórmula que fue respaldada en nuevos documentos firmados el 28 de mayo y el 25 de septiembre de ese mismo año<sup>21</sup>.

### *Dudaiev en el poder*

La Chechenia de Dudaiev se ha presentado repetidamente en los medios como una tierra sin ley, infestada por el crimen, la corrupción y la inestabilidad económica y política, descargando directamente esas acusaciones sobre su líder uniformado. La comparación con otras ex repúblicas soviéticas proporciona una evaluación más equilibrada. En los años que siguieron inmediatamente a 1991, el desastre económico asoló todos los países ex soviéticos. Quizá los más comparables a Chechenia sean las repúblicas transcaucásicas, en las que se produjeron contracciones bruscas del PIB —en Azerbayán, del 35 por 100 en 1991-1992 y del 23 por 100 en 1992-1993; en Georgia, del 40 y el 32 por 100 respectivamente; y en Armenia, del 52 y el 15 por 100— así como una notable disminución de la producción industrial: las cifras de 1992 para Georgia, Armenia y Azerbayán son del 44, el 48 y el 24 por 100 respectivamente. En Chechenia, la producción industrial cayó un 30 por 100 en 1992 y un 61 por 100 en 1993, debido principalmente a la emigración a comienzos de la década de 1990 de los especialistas, en su mayoría rusos, de la industria petrolífera, que era la principal fuente de ingresos de la república<sup>22</sup>. Aunque el gobierno de Dudaiev era sin duda muy inexperto en asuntos económicos, los males de Chechenia formaban parte, obviamente, de una situación catastrófica más amplia.

El disputado escenario político checheno ofrece un notable contraste con las dictaduras de la *nomenklatura* en Asia central o en Azerbayán, y se parece más al turbulento panorama de la Georgia postsoviética, donde el presidente Zviad Gamsajurdia fue derrocado por un golpe militar en 1992 y asesinado en 1993. La oposición política a Dudaiev provino inicialmente de antiguos funcionarios del Partido Comunista y de chechenos prorusos de las tierras bajas, pero pronto se le sumaron las elites empresariales insatisfechas por el declive de su fortuna económica a partir de 1991 (y por las reticencias del gobierno de Dudaiev a privatizar con el mismo entusiasmo que el centro federal). Al igual que en Georgia, el gobierno de Yeltsin procedió a financiar y armar grupos de oposición que realizaron varios intentos de asesinar a Dudaiev.

<sup>21</sup> J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., p. 169.

<sup>22</sup> Transcaucasia: World Bank, *Statistical Handbook 1995: States of the Former USSR*, Washington DC, 1995; Chechenia: J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., pp. 126.

Dudaiev respondió a esas presiones con iniciativas populistas hacia los pobres, hacia el sur más tradicionalista –como la nueva denominación de Chechenia como República Chechena de Ichkeria, el nombre de una región de las tierras altas– y con un progresivo reforzamiento, a partir de 1993, de la autoridad presidencial. La disolución del parlamento por Dudaiev en abril de 1993 empaña sus credenciales democráticas, aunque no llegó tan lejos como Yeltsin en octubre de ese mismo año, quien ordenó rodear con tanques el Parlamento y bombardearlo hasta que sus oponentes elegidos se rindieron. También que conviene recordar que, a diferencia de Aleksandr Rutskoi y Ruslan Jasbulatov, los líderes de la rebelión contra Yeltsin, la oposición chechena estaba siendo financiada activamente por una potencia extranjera agresiva, con la intención de desmantelar totalmente la soberanía chechena. Además, varios de los distritos prorrusos que aseguraban ser víctimas de la dictadura de Dudaiev declararon unilateralmente su secesión de Chechenia en junio de 1993, sin ningún respaldo democrático para hacerlo. Ese desorden constitucional que había instigado la propia Rusia fue lo que sirvió como pretexto para la invasión de 1994.

Se ha escrito mucho sobre la amplitud del crimen organizado bajo Dudaiev<sup>23</sup>. Los chechenos habían descollado en la economía sumergida en los últimos años del periodo soviético, debido en gran medida a su exclusión de los sectores legales; pero tanto en Chechenia como en otros lugares, el gran aumento de las actividades criminales a partir de 1991 estaba íntimamente ligado al colapso económico postsoviético. Con el telón de fondo de la catastrófica desindustrialización y la inflación galopante, el crimen se convirtió en «una cuestión de simple supervivencia». En torno al oleoducto Bakú-Novorossiisk, que entonces pasaba por el corazón de Chechenia, proliferaron chanchullos muy rentables, y el aeropuerto de Grozni se convirtió en algo así como una zona especial de libre comercio para las drogas y el contrabando. Al respecto hay que hacer dos observaciones: en primer lugar, esas actividades no habrían sido posibles sin la complicidad de las autoridades rusas que controlaban el espacio aéreo checheno y la frontera; y en segundo lugar, esas privatizaciones *de facto* fraudulentas eran simplemente versiones a pequeña escala de la orgía de latrocinio que tenía lugar entonces en la propia Rusia. Los chechenos no eran sino los «socios menores de una oleada de corrupción y criminalidad que provenía de la capital rusa»<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> Varios de los apoyos clave de Dudaiev en 1990-1991 tenían conexiones en el bajo mundo, en particular Gantemirov y el «hombre de negocios» Yusup Soslambekov, condenado por violación en el periodo soviético. Se ha acusado también a Mamadaiev de mantener vínculos con la mafia. Véase A. Lieven, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, cit., p. 59.

<sup>24</sup> Véase J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., pp. 127-133, sobre la participación en los negocios sucios del petróleo de figuras como Aleksandr Korzhakov, jefe de la guardia personal de Yeltsin, y el viceprimer ministro Oleg Soskovets, que se convirtieron más tarde en miembros claves del «partido de la guerra».

## *El Vietnam de Yeltsin*

Las autoridades rusas venían estudiando la intervención militar en Chechenia desde mucho antes de 1994: Rutskoi la había defendido en octubre de 1991, y en 1992 se habían producido dos veces escaramuzas militares en las fronteras de Chechenia. El detonante inmediato de la guerra, no obstante, fue el fracaso de otro intento de golpe de las fuerzas especiales el 26 de noviembre de 1994, que se ha descrito como el «equivalente para Yeltsin de la bahía de Cochinos»<sup>25</sup>. Las fuerzas rusas entraron en Chechenia el 11 de diciembre, y durante todo ese mes Grozni se vio sometido a bombardeos más intensos que los de Sarajevo o Beirut. Con el Año Nuevo llegó un nuevo asalto terrestre a gran escala, y los rusos tomaron Grozni en marzo con gran número de bajas, destruyendo casi totalmente el centro de la ciudad. Ese modelo de violencia abrumadora y desproporcionada se repitió en otros lugares –uno de los más brutales fue la masacre de más doscientas personas en Samashki entre el 6 y el 8 de abril de 1995– pero los avances rusos quedaron frenados en la primavera, cuando el ejército ocupante prefirió establecer treguas locales en lugar de enfrentarse a las formaciones chechenas. La incursión de Shamil Basaiev en Biudennovsk en mayo y las subsiguientes negociaciones proporcionaron un respiro vital a la resistencia chechena, que pudo infiltrarse entonces tras las líneas rusas en número suficiente como para apoderarse de ciudades claves, manteniendo en su poder Gudermes durante varios días en diciembre de 1995.

Desde un principio se había constatado una notable oposición a la guerra, no sólo en la opinión pública rusa, en la que echó raíces un pequeño pero persistente movimiento antiguerra, sino también en el propio ejército. Ya el 13 de diciembre de 1994 una columna de tanques se había negado a disparar contra un grupo de mujeres que bloqueaba la carretera hacia Chechenia. El elevado número de bajas rusas contribuyó a socavar su moral, y la idea de la retirada de Chechenia se hizo cada vez más popular. Durante la primavera de 1996, bajo la amenaza de un desastre electoral y el incremento de la resistencia chechena con audaces ataques a gran escala, Yeltsin propuso una iniciativa simbólica de paz, pero al mismo tiempo ordenó el asesinato de Dudaiev, realizado mediante un ataque ruso con cohetes el 22 de abril de 1996. Lo sustituyó Yandarbiev como presidente en funciones. A partir de ese momento los rusos alternaron propuestas de alto el fuego con nuevas ofensivas, en particular después de que Yeltsin consiguiera vencer en las elecciones de junio; esa victoria se debió en gran medida al masivo apoyo político y monetario de Occidente, orquestado primordialmente por la Administración de Clinton<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., p. 21; sobre Rutskoi y las escaramuzas, véase J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., pp. 110 y 172-174.

<sup>26</sup> En febrero de 1996 Helmut Kohl concedió un crédito de 2.700 millones de dólares al gobierno ruso sin apenas garantías de devolución; Alain Juppé sorprendió a todos con un

El impulso decisivo a las negociaciones se produjo tras una ofensiva chechena sobre Grozni, Gudermes y Argun que se inició coincidiendo con la toma de posesión de Yeltsin el 9 de agosto y que obligó a los rusos a retroceder a sus posiciones de diciembre de 1994. El 31 de agosto el general Aleksandr Lebed y el jefe de estado mayor checheno Aslan Masjadov firmaron los acuerdos de Jasaviurt, que reconocían a Chechenia como sujeto de derechos internacionales pero posponían la decisión final sobre su *status* hasta finales de 2001. La primera guerra ruso-chechena constituyó una derrota humillante para los rusos, pero, pese a su victoria, supuso un cataclismo para los chechenos. Estimaciones prudentes hablan de 7.500 bajas entre los militares rusos, 4.000 combatientes chechenos y más de 35.000 civiles; un mínimo, en total, de 46.500 muertos. Otros han ofrecido cifras que los sitúan entre 80.000 y 100.000<sup>27</sup>.

### *Dominós imaginarios*

El principal argumento ofrecido en defensa del asalto de Yeltsin contra Chechenia fue que su independencia desencadenaría una serie de guerras separatistas en el resto de Rusia, esto es, una versión interna del «efecto dominó» de la Guerra Fría. Los fundamentos de esa afirmación no son muy sólidos. Como ha escrito recientemente Robert Wade en el *Financial Times*, la probabilidad de la secesión aumenta «en la medida en que se satisfacen estas tres condiciones: localización junto a una frontera extranjera; población con mayoría no rusa; y una base plausible en cuanto a rentas derivadas de las exportaciones». Atendiendo al segundo de esos factores, el demográfico, de las treinta y una repúblicas étnicas de la RSFSR, en 1991 sólo cuatro contaban con una mayoría absoluta no rusa –Osetia del Norte, Tuva, Chechenia-Ingushetia y Chuvasia–, mientras que en tres había una mayoría simple de esas etnias: Tatarstán, Kabardino-Balkaria y Kalmukia. Los rusos constituían la mayoría de la población en todas los demás. Económicamente, todas menos dos de las siete repúblicas mencionadas eran muy dependientes del presupuesto federal; sólo Tatarstán, un importante centro industrial que producía el 25 por 100 del petróleo del país, y Chechenia-Ingushetia, que producía el 90 por 100 del queroseno ruso, eran contribuyentes netos<sup>28</sup>. Sólo esas dos repúblicas se negaron a firmar tratados federales con Rusia en 1992; pero en Tatarstán el problema principal

---

crédito de 392 millones de dólares; el FMI aprobó un crédito de 10.300 millones de dólares –dejando claro que lo retiraría si Yeltsin perdía– y el Banco Mundial acordó conceder al gobierno ruso 200 millones de dólares. Véase Fred WEIR, «Betting on Boris: The West Ups the Ante for the Russian Elections», *Covert Action Quarterly*, verano de 1996.

<sup>27</sup> John DUNLOP, «How Many Soldiers and Civilians Died During the Russo-Chechen War of 1994-96?», *Central Asian Survey*, 19 3-4 (septiembre de 2000), pp. 329-339. A. Lieven, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, cit., pp. 102-146, ofrece un interesante análisis del curso de la guerra.

<sup>28</sup> *Financial Times* (8 de septiembre de 2004); James HUGHES, «Managing Secession Potential in the Russian Federation», *Regional and Federal Studies*, 11 3 (otoño de 2001), pp. 41-43.



era la distribución de las rentas entre la *nomenklatura* central y la periférica, y en 1994 se alcanzó finalmente un acuerdo. Sólo en Chechenia surgió un movimiento democrático a favor de la secesión, y sólo allí obtuvo un importante y significativo apoyo de masas la causa de la independencia.

¿Y qué se puede decir de las objeciones estratégicas de Rusia? Chechenia está situada cerca del centro del istmo que separa el mar Negro y el Caspio, y las autoridades rusas han esgrimido con frecuencia el espectro de que una Chechenia independiente podría impulsar a otros pueblos del Cáucaso a formar un solo Estado unido que interrumpiría las líneas de suministro rusas y amenazaría sus intereses geopolíticos vitales. Pero tras un incipiente movimiento de solidaridad a comienzos de la década de los noventa, la tendencia hacia un Estado pancaucásico se desvaneció rápidamente —especialmente a raíz de la guerra entre Ingushetia y Osetia del Norte en 1992— y en 1994 los chechenos estaban totalmente aislados. Todavía más demoledora para tales argumentos es la hipocresía estratégica de los rusos: mientras que les enfurece la perspectiva de la secesión chechena, hasta el momento siguen armando y alentando el irredentismo en los distritos georgianos de Osetia del Sur y Abjazia. De hecho, muchos de los jefes militares chechenos que combatieron contra los rusos en 1994-1996 —entre ellos Shamil Basaiev— fueron entrenados por la GRU, la inteligencia militar rusa, para despegarlos en Abjazia en 1992-1993.

Una vez descartados los motivos alegados para «restaurar el orden», esto es, evitar la desintegración de Rusia y proteger sus intereses estratégicos, ¿cómo podemos explicar la decisión de invadir Chechenia a finales de 1994? Un papel individual clave fue el desempeñado por el ministro de las nacionalidades Serguei Shajrai, que acababa de concluir el tratado con Tatarstán y estaba enemistado personalmente desde tiempo atrás con Dudaiev. En términos más amplios, John Dunlop ha señalado el «inicio de una forma especialmente virulenta del imperialismo ruso», que pretendía restablecer el dominio de Rusia sobre su periferia. Tras su derrota en Afganistán y la victoria estadounidense en el golfo Pérsico, el ejército ruso estaba deseando tomarse una revancha; pero el impulso principal provino de la urgente necesidad del régimen de Yeltsin de una «pequeña guerra victoriosa» para consolidar su dominio infinitamente corrupto y cada vez más impopular<sup>29</sup>. La misma necesidad imperiosa de controlar las palancas del poder y los correspondientes flujos de beneficio persuadieron sin duda a la camarilla de Yeltsin de la conveniencia de establecer una tregua en Jasaviurt dos años después, cuando las fuerzas chechenas habían llevado al ejército ruso a un callejón de difícil salida.

---

<sup>29</sup> Esta frase infame fue pronunciada originalmente por el ministro del interior de Nicolás II Viacheslav Plehve refiriéndose a la guerra ruso-japonesa de 1904-1905; fue repetida en 1994 por Oleg Lobov, entonces secretario del Consejo de Seguridad, de quien también se dice que añadió: «como la de Estados Unidos en Haití». Véase J. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, cit., p. 211, y A. Lieven, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, cit., p. 87.

## Resurgimiento desde las ruinas

El Estado checheno que resurgió de las ruinas en 1996 tuvo que afrontar tareas que habrían resultado hercúleas incluso con un escenario político interno unificado y mucha ayuda internacional. Un factor primordial de sus subsiguientes dificultades fue el propio documento que había garantizado la paz: la posposición de una decisión sobre el *status* de Chechenia hasta 2001 de acuerdo con los acuerdos de Jasaviurt. Los rusos se esforzaron para asegurar que el gobierno checheno permaneciera atrapado en un limbo jurídico, incapaz de obtener reconocimiento internacional o compensaciones de los antiguos ocupantes. Sólo Afganistán y la República turca del Norte de Chipre se mostraron dispuestos a reconocer a los embajadores de Chechenia un *status* diplomático pleno. Hasta este momento la solidaridad islámica oficial ha sido inexistente: «ni un solo país árabe ha reconocido la independencia chechena, y sus gobernantes han apoyado repetidamente la integridad territorial de Rusia». Tampoco se podía esperar nada de Occidente, donde en 1995 Clinton comparó la actitud antiseparatista de Yeltsin con la de Abraham Lincoln y saludó la «liberación» de Grozni en 2000<sup>30</sup>.

La vida económica chechena se hallaba bajo mínimos. Gran parte de las infraestructuras y las industrias del país habían quedado pulverizadas por los bombardeos rusos, mientras que los fondos para la reconstrucción concedidos por Moscú se veían rutinariamente malversados antes de llegar a su destino: en 1997 Yeltsin mostró su extrañeza de que de los 130 millones de dólares enviados al Banco Nacional Checheno sólo hubieran llegado 20 millones. De las 44 grandes empresas industriales que funcionaban en 1994, sólo 17 lo hacían en 1999; la producción de este último año suponía entre el 15 y el 18 por 100 del nivel de preguerra. En 1998 la tasa de desempleo se situaba en torno al 80 por 100, al tiempo se estimaba que las fuentes legítimas de ingreso sólo alcanzaban la tercera parte del umbral de la pobreza. En esas circunstancias el trueque, la tala de árboles y la recuperación de metales de los escombros se convirtieron en importantes medios de subsistencia; pero lo que floreció sobre todo fue el crimen organizado, en particular los secuestros y las operaciones piratas de procesado de petróleo a pequeña escala: en 1999 se estimaba que había unas 800 minirrefinerías en manos de facciones armadas, que extraían el petróleo de los oleoductos. También floreció el mercado negro de armas de Grozni, como lo hicieron, más sorprendentemente, otros mercados, repletos de mercancías baratas y productos agrícolas. Los servicios sociales, en cambio, se habían hundido: la enseñanza prácticamente no existía y el acceso a los servicios sanitarios era mínimo; la mortalidad infantil aumentó hasta una tasa increíble del 100 por 1.000<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., pp. 191, 198.

<sup>31</sup> Fondos malversados: D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., p. 37; industria, mercados, mortalidad infantil: Tishkov, *Obsbchestvo*, pp. 436-441; desempleo, ingresos, minirrefinerías: I. G. KOSIKOV y L. S. KOSIKOVA, *Severnyi Kavkaz: sotsialnoekonomicheskii spravochnik*, Moscú, 1999, pp. 188-190.

El silencio externo y las profundas fracturas sociales y económicas se combinaron con la turbulencia interna para bloquear cualquier perspectiva de proyecto político viable. Las elecciones presidenciales celebradas en Chechenia en enero de 1997 –descritas por la OSCE como «ejemplares y libres»– fueron ganadas por Aslan Masjadov, antiguo general de la artillería soviética y ministro de Defensa de Dudaiev, que recibió el 59,3 por 100 de los votos; sus rivales más próximos fueron Basaiev, con el 23,5 por 100, y Yandarbiev, con el 10,1 por 100<sup>32</sup>. Esos resultados –distribuidos mucho más parejamente que los de las elecciones de Georgia en 1995 o las farsas electorales de Kazajstán en 1994 o de Azerbayán en 1998– mostraban las principales grietas políticas del país, que separaban el proyecto de una Chechenia independiente y laica de Masjadov de la actitud intransigente de algunos de sus subordinados que defendían un Estado islámico pancaucásico como única garantía de la independencia chechena.

La confrontación entre laicistas e islamistas resultó fatal para Masjadov, quien en 1998 se vio cada vez más desafiado por competidores poderosos como Basaiev, Yandarbiev y Salman Raduiev. Masjadov realizó algunos intentos equívocos de reducir el apoyo de sus adversarios –como la introducción en 1999 de elementos de la *sharia* [ley consuetudinaria islámica], contraviniendo la constitución chechena de 1992–, y en varias ocasiones entró en conflicto armado con fuerzas leales a antiguos jefes militares como Raduiev y Arid Baraiev, en un intento de liberar a los rehenes del negocio de los secuestros que floreció en Chechenia entre 1996 y 1999<sup>33</sup>. Los oponentes de Masjadov, entretanto, incrementaron repetidamente sus actividades criminales en circunstancias destinadas a socavar las negociaciones con los rusos, en particular con el secuestro y asesinato del enviado del ministerio del Interior ruso Guennadii Shpigun en marzo de 1999.

Muchos comentaristas occidentales han entendido los fallos del régimen de Masjadov como razones para incluir a Chechenia en la categoría cada vez más amplia de «Estados fracasados» que no merecen la soberanía y a los que sería mejor situar bajo la custodia de grandes potencias más civilizadas<sup>34</sup>. Este argumento debe rechazarse tan enérgicamente con respecto a Chechenia como a otros lugares. Pocos Estados habrían podido establecer una sociedad pacífica y próspera en tres años a partir de la ruina material, el colapso económico y las incontables fracturas políticas y sociales provocadas por dos años de guerra con una potencia vecina mucho más poderosa. El aislamiento y los efectos devastadores de la guerra con-

<sup>32</sup> Véase «Chronology», en Diane Curran *et al.*, *The Search for Peace...*, cit. Pueden verse expresivas instantáneas de Chechenia durante las elecciones, así como un retrato mucho más rico del norte del Cáucaso en la época soviética y postsoviética en Georgi DERLUGUIAN, *Bourdieu's Secret Admirer in the Caucasus*, de próxima aparición.

<sup>33</sup> Véase D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., pp. 27-34.

<sup>34</sup> Véase Anatol LIEVEN, «A Western Strategy for Chechnya», *International Herald Tribune* (9 de septiembre de 2004).

figuraron en gran medida el carácter y el destino de la Chechenia independiente, como lo hicieron en menor medida sus tradiciones sociales esencialmente anárquicas; pero hay que insistir en que la causa principal de los males de Chechenia desde 1996-1999 fue la terrible catástrofe provocada por el ejército ruso en los años precedentes.

### *Los usos del islamismo*

También se ha escrito mucho sobre el papel del Islam en Chechenia; el ejército ruso ha afirmado que el país está lleno de mercenarios árabes y que forma parte de un incipiente «creciente uajabita» que amenaza engullir todo el flanco meridional de Rusia. Desde el 11 de septiembre de 2001 Occidente ha cooperado con tales fantasías señalando a Rusia como su aliado contra la «amenaza islámica» proveniente de Asia central. Pero el carácter y composición del radicalismo islámico en el norte del Cáucaso se han interpretado muy equivocadamente. Lo que habitualmente se califica como «uajabismo» se trata en realidad de salafismo y tiene sus raíces autóctonas en la lucha entre formas ortodoxas del Islam y tradiciones sincréticas locales. El sufismo que arraigó en Chechenia a finales del siglo XVIII se engarzó con la veneración tradicional chechena hacia determinadas figuras y lugares sagrados y desempeñó un papel fundamental en la cimentación de la identidad nacional chechena durante el exilio. Durante la década de los ochenta se produjo un renacimiento religioso y, por primera vez desde 1944, proliferó la construcción de mezquitas; pero fue durante la guerra de 1994-1996 cuando el Islam emergió como un fenómeno político, esto es, como un instrumento para movilizar y proporcionar disciplina a la resistencia frente a la ocupación rusa. Las interpretaciones salafistas más austeras arraigaron debido simplemente al prestigio y la fuerza armada de comandantes como Basaiev y Raduiev –que quizá abrazaron la ortodoxia sunnita para asegurarse el apoyo financiero de los países del Golfo– y después de la guerra debido al colapso económico y el callejón sin salida en que entró el proyecto laico de independencia<sup>35</sup>.

Entretanto, la creciente islamización de Chechenia –Yandarbiev promulgó un nuevo código penal basado en el de Sudán, y más tarde él y Basaiev propusieron la abolición de la presidencia sustituyéndola por un imamato– debe entenderse como parte de una batalla política interna sobre la naturaleza del Estado checheno. En otros lugares del norte del Cáucaso los objetivos y bases sociales del Islam radical son diferentes, nacidos de la miseria económica y la frustración frente al estancamiento político generado por elites inamovibles. La financiación extranjera de los islamistas se ha exagerado mucho, al igual que el número de voluntarios, que los exper-

---

<sup>35</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., p. 101. Véase A. Lieven, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, cit., pp. 24-25, para un análisis del islam durante la *perestroika* y la curiosa arquitectura neogótica de las nuevas mezquitas.

tos siguen situando en torno al 1 ó 2 por 100 de las fuerzas independentistas. Pese a todas las afirmaciones sobre la participación islamista internacional en Chechenia, la causa por la que se ha movilizadado la resistencia sigue siendo la de la independencia nacional. En un momento de descuido el propio Putin lo admitió implícitamente, comparando reveladoramente la campaña desencadenada en Chechenia «con la operación de seguridad de los países bálticos y Ucrania occidental [...] destinada a erradicar la resistencia antisoviética desde 1944 hasta mediados de la década de los cincuenta»<sup>36</sup>. Su continua insistencia en la dimensión islámica sólo sirve para subrayar el oportunismo básico de su «operación antiterrorista», una guerra colonial disfrazada para el consumo doméstico e internacional.

### *La guerra de Putin*

Según los comentaristas rusos Dmitri Trenin y Aleksei Malashenko, los preparativos para la guerra en Chechenia estaban ya «muy avanzados» a principios de 1998<sup>37</sup>. Esta vez el pretexto fue la incursión de Basaiev en Daguestán en agosto de 1999 en un intento de expandir la influencia de los islamistas, que habían establecido ya allí microimamatos, y en último término de unir Chechenia con Daguestán bajo la forma de un Estado islámico independiente<sup>38</sup>. Aunque Basaiev fue rápidamente expulsado de Daguestán, una serie de explosiones en edificios de apartamentos en Buinaksk, Volgodonsk y Moscú a finales de agosto y primeros de septiembre –con respecto a los cuales se ha sugerido repetida y plausiblemente la participación del FSB [*Federal'naya Sluzhba Bezopasnosti*, «Servicio Federal de Seguridad»]– preparó a la opinión pública rusa para la «operación antiterrorista» iniciada a finales de septiembre.

El gobierno de Vladimir Putin ha supuesto indiscutiblemente una transición desde el capitalismo oligárquico de Yeltsin a formas más autoritarias; en particular ha instalado a docenas de antiguos miembros del KGB en posiciones clave en el gobierno y ha sometido a su autoridad a los poderosos plutócratas de la década de los noventa o los ha obligado a exiliarse. Pero su medio principal para consolidarse en el poder, preparando la vía para su ascenso a la presidencia en marzo de 2000, y asegurándole un creciente grado de complicidad de las elites políticas e intelectuales ha sido la guerra de Chechenia, iniciada un mes después de su nombramiento como primer ministro.

La guerra de Putin contra Chechenia se ha caracterizado desde el comienzo por un uso mucho más despiadado de la fuerza que la de su prede-

<sup>36</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., pp. 93-94, 97 y 119.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>38</sup> Para un informe más detallado, véase Georgi DERLUGUIAN, «Che Guevaras in Turbans», *NLR* 1/237 (septiembre-octubre de 1999).

cesor, no sólo en términos de tropas y equipo militar, sino también de la crueldad hacia los civiles por parte de un ejército inclinado a la venganza y compuesto cada vez más por *kontraktniki*, soldados profesionales reclutados a menudo en las prisiones de Rusia. El 1 de octubre de 1999 las fuerzas rusas –100.000 soldados esta vez, frente a los 24.000 que desplegó en un primer momento Yeltsin– entraron en Chechenia tras varias semanas de bombardeos aéreos masivos que prácticamente arrasaron los restos de Grozni. Tras controlar las tierras bajas del norte durante el otoño, siguieron avanzando hacia el sur y en febrero de 2000 tomaron Grozni, a costa de graves pérdidas. Las tropas gubernamentales chechenas se retiraron a las montañas, donde se vieron sometidas al bombardeo aéreo y artillero ruso.

Putin arrolló en las elecciones de marzo –Blair se apresuró a volar a Moscú para ser el primer líder mundial en felicitarle– y en junio nombró a Ajmad Kadirov como gobernante títere; pero pese a toda la verborrea sobre la «normalización» cuando Putin pasó la responsabilidad sobre Chechenia del ejército al FSB y luego al MVD [*Ministerstvo Vnutrennib Del*, Ministerio del Interior], las fuerzas de la resistencia chechena siguieron infiltrándose tras las líneas rusas. Las tropas del Ministerio de Defensa ruso, del MVD, del FSB y del OMON [*Otryad Militsii Osobogo Naznacheniya*, Destacamentos de Fuerzas Especiales de la Policía] controlaban las llanuras durante el día, pero las fuerzas chechenas comenzaron a realizar operaciones de guerrilla durante la noche, atacando los convoyes o patrullas y ocultándose después en los bosques. Desde entonces el conflicto sigue pareciéndose al de «un elefante y una ballena, cada uno de ellos invencible en su propio medio»<sup>39</sup>.

El aumento de las bajas rusas –la cifra oficial para 2002-2003 fue de 4.749, la más alta en un año desde 1999, y la media anual para 2004 es más elevada que la de las pérdidas estadounidenses en Iraq– ha llevado a Putin a adoptar desde 2001 una estrategia de «chechenización»<sup>40</sup>, que ha conllevado la reducción de tropas –alrededor de 60.000 soldados rusos hacen frente ahora a una resistencia activa estimada en un máximo de 5.000 combatientes– y la delegación de muchas operaciones de combate a milicias bajo el control del gobierno títere de Kadirov<sup>41</sup>. Kadirov fue catapultado a la presidencia de Chechenia en una elección amañada en octubre de 2003 –en la que pudieron votar 20.000 de los soldados ocupantes– pero la bomba que lo hizo saltar por los aires el 9 de mayo de 2004 hizo

<sup>39</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., p. 42.

<sup>40</sup> Cifras de bajas para 2002-2003: *The Military Balance 2003*, p. 86; 2004: *Nezavisimaia gazeta*, 25 de octubre de 2004.

<sup>41</sup> Las estimaciones sobre el número de combatientes activos en la resistencia chechena oscilan entre 2.000 y 5.000. Véase D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., pp. 121, 238 n. 29; *Military Balance 2003*, Cuadro 41; *Komsomolskaia Pravda* (10 de septiembre de 2004).

precisas unas elecciones aún más fraudulentas este otoño, ganadas por Alu Aljanov, ministro del Interior y miembro del clan de Kadirov. El cambio de personal alterará poco el carácter del régimen colaboracionista. Los *kadyrovtsy* bajo el mando de Ramzan Kadirov, hijo del fallecido presidente, se han hecho tristemente famosos por su brutalidad y han torturado y matado a sus paisanos con el mismo sadismo que los propios ocupantes. El gobierno de Kadirov, aunque supuestamente dedicado a la reconstrucción de Chechenia, no era más que una camarilla corrupta: el enviado de Putin para estudiar la situación de los derechos humanos en Chechenia admitía que no se había llegado a gastar ni el 10 por 100 de los 500 millones de dólares concedidos para la reconstrucción en 2001, y en 2002 el director del FSB Nikolai Patrushev reconocía que 22 millones de dólares se habían «malgastado» ese año<sup>42</sup>.

No puede haber mayor condena del gobierno de Putin que la actual situación de Chechenia. La población de Grozni se ha reducido a unos 200.000 habitantes –la mitad que en 1989– condenados a buscarse la vida en el paisaje lunar de cráteres y ruinas en que se ha convertido su capital. Según las cifras del Comité para los Refugiados de la ONU, en 2002 permanecían en la zona de guerra unos 160.000 chechenos desplazados, mientras que otros 160.000 vivían en los campos de refugiados de Ingushetia. Esta última cifra ha disminuido algo desde entonces –un informe de Médicos sin Fronteras de agosto de 2004 estimaba que permanecían en Ingushetia en torno a 50.000 refugiados chechenos– debido a la política del Kremlin de cerrar los campos y prohibir la construcción de casas para los refugiados allí. Los obligados a regresar a Chechenia viven al borde del hambre desplazándose de un sótano bombardeado a otro, eludiendo el terror cotidiano de las *zachistki* y los puestos de control a cargo de soldados encapuchados, donde las mujeres tienen que pagar mordidas de 10 dólares para evitar que sus hijas sean violadas y los hombres de entre quince y sesenta y cinco años son conducidos a «campos de filtrado» o simplemente desaparecen. La organización rusa de derechos humanos *Memorial*, que sólo está presente en una tercera parte de Chechenia, ha informado que entre enero de 2002 y agosto de 2004 fueron secuestradas por las fuerzas federales unas 1.254 personas, de las que 757 siguen todavía desaparecidas<sup>43</sup>.

El punto muerto militar ha provocado una escalofriante degeneración entre las fuerzas ocupantes. Protegidos por la política oficial de impunidad –a muchos oficiales, por ejemplo, se les ha dotado de varias identidades diferentes, con el pretexto de protegerlos frente a los «ataques vengativos» de los chechenos–, las tropas rusas se han lanzado a una orgía de saqueos y crueldades arbitrarias. Cada uno de los ministerios que operan en Chechenia dirige su propio feudo, con los correspondientes cambalaches y ventas

<sup>42</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., p. 38.

<sup>43</sup> *The Guardian* (30 de septiembre de 2004).

de armas, a menudo a los propios combatientes de la resistencia chechena. Hay docenas de ejemplos documentados de soldados que no devuelven los cuerpos de los civiles muertos si no se les entrega a cambio cierta cantidad, que es más elevada para un cadáver que para una persona viva debido a la importancia de las tradiciones chechenas del enterramiento en las tierras del clan. La violencia no se limita a los civiles chechenos: se estima que la mitad de las bajas rusas se han producido fuera de los combates, debidas en su mayor parte a las «novatadas» sistemáticas contra reclutas adolescentes desmoralizados, aquellos cuyos padres no son lo bastante ricos como para comprarles la exención del servicio militar. Los que regresan a Rusia del servicio en Chechenia suelen llevar consigo las atroces costumbres aprendidas allí<sup>44</sup>. En este sentido, las desgraciadas consecuencias de la agresión contra Chechenia se han convertido en un cáncer que amenaza consumir la vida pública y privada rusa.

Los medios de comunicación rusos desempeñaron un papel crucial en la revelación de parte de los horrores de la guerra de 1994-1996; esta vez las autoridades no han cometido el error de permitirles libertad para operar allí, y han clausurado o sustituido a los equipos editoriales de las dos fuentes más críticas de noticias, NTV y TV6<sup>45</sup>. Una diferencia llamativa entre la guerra actual y la anterior ha sido la intensidad con que el discurso oficial ruso ha empapado los comentarios periodísticos, hasta el punto de que «terrorista» y «checheno» se han convertido prácticamente en sinónimos. Esto ha tenido repercusiones sociales deletéreas: la antipatía generalizada hacia las «personas de origen caucásico» ha derivado a menudo en auténtica xenofobia, conduciendo a la persecución pública, tanto oficial como espontánea, no sólo de los chechenos sino también de otros ciudadanos de la región<sup>46</sup>. Esa hostilidad pública generalizada hacia la causa chechena, junto a la atomización política y la apatía general de la Rusia actual, explica la ausencia de un movimiento importante contra la guerra. Recientemente ha habido algunas novedades en ese frente: el 26 de octubre de 2004 las organizaciones de derechos humanos organizaron una manifestación en la plaza Pushkin de Moscú que reunió a 2.000 participantes, y el 6-7 de

---

<sup>44</sup> Para un expresivo informe sobre la vida cotidiana en Chechenia bajo la ocupación y sus repercusiones en Rusia, véase Anna POLITKOVSKAYA, *A Small Corner of Hell: Dispatches from Chechnya*, Chicago, 2003 y, sobre el acoso, véase D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., p. 141.

<sup>45</sup> Anna Politkovskaya ha elaborado varios informes audaces para *Novaia gazeta*, y Andrei Babitsky para Radio Svoboda; pero, en Rusia, la influencia de la radio y, sobre todo, de la prensa escrita no se pueden comparar con la de la televisión.

<sup>46</sup> En septiembre de 1999, por ejemplo, 15.000 caucásicos fueron expulsados de Moscú por las autoridades de la ciudad y otros 69.000 se vieron obligados a registrarse de nuevo; en septiembre de 2003, 54 estudiantes chechenos fueron apaleados por una banda de *skinheads* en Nalchik; en abril de 2004 se prendió fuego a un niño armenio de diez años en un mercado en Kostroma; en septiembre de 2004 una banda de veinte jóvenes saqueó los cafés pertenecientes a caucásicos en Yekaterimburgo. Véase el informe de Amnistía Internacional «For the Motherland», diciembre de 1999; *Chronicle of Higher Education* (15 de octubre de 2003) *Moscow Times* (23 de abril de 2004); *Moscow News* (9 de septiembre de 2004).



noviembre los comités de madres de soldados celebraron el congreso fundacional de un nuevo partido político; pero la disidencia se ha centrado hasta ahora en gran medida en la brutalidad de la guerra más que en sus raíces políticas. Incluso en la izquierda, la cuestión de la independencia chechena ha desaparecido prácticamente<sup>47</sup>.

### *Repercusiones regionales*

Los horrores de Bieslan, donde el 3 de septiembre de 2004 murieron más de 350 personas cuando soldados rusos asaltaron una escuela en la que un grupo extremista leal a Shamil Basaiev mantenía como rehenes a profesores y alumnos, forman parte de una lógica escalada de la violencia generada por la ocupación rusa. Mientras que la resistencia ha cobrado predominantemente la forma de acciones de guerrilla dentro de la propia Chechenia contra las tropas rusas y los colaboracionistas chechenos, durante la guerra actual ha aumentado el recurso a la violencia fuera de las fronteras de Chechenia, incluida la táctica no utilizada hasta ahora de los atentados suicidas. Tales métodos constituyen, por supuesto y por encima de todo, una expresión de desesperación extrema, y quienes los emplean son personas que no tienen otra cosa que perder que su propia vida; se ha insinuado que la elevada proporción de mujeres entre esos suicidas podría estar relacionada con las violaciones generalizadas de los soldados rusos, aunque sobre este aspecto de la guerra se haya informado menos que de otros<sup>48</sup>.

Desde los atentados suicidas contra objetivos gubernamentales y militares en Mozdok, Gudermes, Znamenskoie y otros lugares, así como los ataques contra instalaciones públicas en Moscú, los portavoces oficiales rusos han hablado de una «palestinización» de la resistencia chechena. El reverso poco mencionado, o más bien precursor de esas tácticas, ha sido la «israelización» de la estrategia rusa. La proliferación de puestos de control destinados a evitar que la población se mueva libremente; el asesinato de civiles desarmados; la impunidad de que disfrutaban las fuerzas de ocupación; el deliberado empobrecimiento económico y la humillación general de los habitantes del territorio ocupado, son todos ellos rasgos

<sup>47</sup> Boris Kagarlitsky escribe que «la cuestión central [...] no es la independencia de Chechenia ni la integridad territorial de Rusia, sino la democracia en Rusia y Chechenia». Véase «Where is Chechnya Going?», *Moscow Times* (3 de junio de 2004).

<sup>48</sup> El caso del coronel Yuri Budanov ha servido como indicador de lo que los chechenos pueden esperar de los soldados y oficiales rusos: convicto de secuestro, violación y asesinato de una joven chechena de dieciocho años, fue condenado finalmente a diez años de prisión, después de que el apoyo oficial a su alegación de trastorno mental transitorio provocara la indignación popular. Su reciente petición de indulto fue aprobada por Vladimir Shamanov, veterano de la anterior campaña de Chechenia y ahora gobernador de Ulianovsk, y más tarde desautorizada tras muchas protestas y una manifestación de 10.000 personas en Grozni. Véase A. POLITKOVSKAYA, *A Small Corner of Hell*, pp. 153-160, e INSTITUTE OF WAR AND PEACE REPORTING, *Caucasus News Update* (23 de septiembre de 2004), disponible en [www.iwpr.net](http://www.iwpr.net)

comunes entre Cisjordania y Chechenia. En febrero de 2004 Rusia recurrió de nuevo a los asesinatos selectivos, matando al ex presidente Yandarbiev en Qatar con un coche-bomba, operación sobre la que se rumoreó que los servicios secretos israelíes habían aportado su experiencia.

Como hicieron los israelíes en Cisjordania, Gaza y el Líbano, los rusos han realizado incursiones contra los campos de refugiados en Ingushetia, considerándolos focos y lugares de ocultamiento para los combatientes de la resistencia. Esas incursiones repetidas sólo han servido para enfurecer a los refugiados y a la población local, que los soldados rusos han sido incapaces de o renuentes a distinguir. Merece la pena señalar que las incursiones contra oficinas gubernamentales en Nazran en junio de 2004 fueron realizadas mayoritariamente por ingushes, y que entre los asaltantes de la escuela de Bieslan había tantos ingushes como chechenos. Aunque las autoridades rusas hablan ahora con alarma de una posible «regionalización» del conflicto, se trata de una expansión y una escalada que ellas mismas han provocado.

Hay muchas razones socioeconómicas para el descontento con respecto al dominio ruso en el norte del Cáucaso. La región sigue siendo una de las más pobres del país, con los salarios más bajos y tasas de desempleo oficiales varias veces superiores a la media nacional: 29 por 100 en Daguestán y 35 por 100 en Ingushetia, frente al 9 por 100 en toda la RSFSR<sup>49</sup>. Como cabía esperar de él, Putin ha optado por afrontar los eventuales retos políticos de las masas empobrecidas con medios coercitivos, en primer lugar asegurando la elección de cuadros locales del FSB como Murat Ziazikov –entronizado como presidente de Ingushetia tras provocar la salida del popular Ruslan Aushev– y ahora poniendo fin a la elección de gobernadores regionales, que serán sustituidos por personas nombradas directamente desde Moscú. Esto forma parte, desde luego, de una recentralización general de la autoridad bajo Putin; pero una vez más Chechenia ha ejercido una influencia determinante sobre la estrategia y composición de la nueva élite política rusa. De los siete plenipotenciarios presidenciales nombrados en 2000, dos tuvieron mando en la guerra de Chechenia, y varios veteranos más se han convertido en gobernadores regionales o han asumido otros cargos oficiales<sup>50</sup>. Más que un ataque viable contra un enemigo debilitado, la guerra de Chechenia se ha convertido en una importante fuente de cuadros para el proyecto neoautoritario de Putin.

### *Bajo la mirada aprobadora de Occidente*

¿Cuál ha sido hasta ahora la respuesta internacional al actual asalto contra la estatalidad chechena? Como señala secamente el ministro títere che-

<sup>49</sup> *The Territories of the Russian Federation 2004*, Londres, 2004, pp. 30-35.

<sup>50</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., pp. 152-154.

cheno de Asuntos Exteriores Roman Jalilov, «el historial del reconocimiento puntual e indoloro de la secesión por parte de la comunidad internacional es extremadamente pobre»<sup>51</sup>. Chechenia ha sido víctima de la *Realpolitik*. Los gobiernos occidentales aprobaron la guerra de Yeltsin como lamentable efecto colateral de una presidencia que debía prolongarse a cualquier precio para que la restauración del capitalismo en Rusia tuviera éxito. Putin se ha beneficiado de un consenso parecidamente vergonzoso. Pese a todos los titulares sobre el perjuicio causado a la frágil democracia rusa por el encarcelamiento del presidente de Yukos Mijail Jodorkovsky, es en Chechenia donde se contempla el verdadero rostro del régimen de Putin, y es sobre todo por su patrocinio de la brutalidad injustificable allí ejercida por lo que debe ser juzgado.

Las primeras y escasas críticas hacia la guerra de Putin por instituciones tales como la OSCE y la asamblea parlamentaria del Consejo de Europa pronto se desvanecieron y fueron consideradas por los gobiernos europeos como contraproducentes frente a los intentos de acoger a Putin en el redil europeo. En septiembre de 2001, mientras que en Chechenia se cometían con impunidad asesinatos aprobados por el Estado ruso, Putin recibió una prolongada ovación en el Bundestag alemán; en el verano de 2002 Chirac respaldó la perspectiva rusa de la «operación antiterrorista», y tanto él como Schroeder le reiteraron su apoyo en su residencia de Sochi, junto al Mar Negro, en agosto de 2004. Los esfuerzos colectivos de la Unión Europea se han limitado a la ayuda humanitaria para los campos de refugiados en Ingushetia<sup>52</sup>.

Pese a los repetidos intentos de los enviados de Masjadov, la ONU se negó a recibir a los dirigentes chechenos legítimamente elegidos; en cambio, Kofi Annan se apresuró a enviar sus condolencias por la muerte del presidente títere Kadirov en mayo de 2004. En una visita a Moscú en 2002, Annan llegó a alabar los esfuerzos de Putin para resolver el conflicto, recordando sin duda el respaldo de éste a su candidatura para un segundo mandato como secretario general de la ONU. Las preguntas sobre la represión rusa en Chechenia han sido descartadas rutinariamente en las reuniones del Comité de Derechos Humanos de la ONU. Tampoco han llegado apoyos de otros lugares. Los gobiernos árabes han insistido en su respaldo a la integridad territorial de Rusia, mientras que en 1999 el ministro iraní de Asuntos Exteriores, Kamal Jarrazi, insistió en que la guerra

---

<sup>51</sup> Roman KHALILOV, «Moral Justifications of Secession: the Case of Chechnya», *Central Asian Survey* 22 4 (diciembre de 2003), p. 414.

<sup>52</sup> La periodista francesa Anne Nivat ofrece una anécdota ilustrativa: la que al año siguiente se convertiría en presidente de Finlandia, Tarja Halonen, visitó un campo en 1999, insistiendo repetidamente en que «yo represento a la Unión Europea; estoy aquí para ayudarlos», y les preguntó a los refugiados cuáles eran sus problemas; pero cuando le respondieron cosas como: «queremos una solución política, no la guerra», y «dígalos que dejen de bombardearnos, que dejen de matar a nuestros hijos», Halonen no supo qué decir, y se limitó a repartir unas mandarinas. A. NIVAT, *Chienne de Guerre*, Nueva York, 2001, p. 54.

ruso-chechena era un asunto estrictamente interno. China ha visto en los intentos primero de Yeltsin y ahora de Putin de aplastar las aspiraciones chechenas a la independencia como un útil precedente para sus propias maniobras en el Tíbet y en Xinjiang<sup>53</sup>.

La reacción oficial estadounidense se ha visto evidentemente condicionada por las necesidades de la «guerra contra el terror». Tras los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono, Putin se apresuró a vincular Chechenia con la batalla más amplia contra el extremismo islámico, y dio a Estados Unidos permiso para establecer bases en Asia central, su antigua esfera de influencia, como *quid pro quo* para la aprobación de Washington a la guerra en Chechenia. La Administración de Bush ha respondido con el silencio requerido, aunque se puede apreciar un notable cambio de actitud entre muchos de los neoconservadores, cuya hostilidad hacia Rusia ha motivado el apoyo a la independencia chechena desde rincones insólitos: entre los miembros del Comité Estadounidense para la Paz en Chechenia están Richard Perle, Kenneth Adelman, Elliott Abrams, Midge Decter y James Woolsey. Fuera de los círculos oficiales, ultraderechistas como Richard Pipes han defendido también a los chechenos, señalando que el autoritarismo está inserto en el ADN de los rusos y que Putin haría bien en recordar las lecciones que De Gaulle tuvo que extraer de Argelia<sup>54</sup>.

Los liberales, en cambio, se han mostrado divididos entre los que aceptan la devastación de Chechenia como un lamentable bache en la difícil vía rusa hacia una democracia estable, y los que respaldan activamente la guerra de Putin. Pese a la legitimidad constitucional de las demandas chechenas, existe un acuerdo casi universal sobre la inaceptabilidad de su independencia. «La primera exigencia es la exclusión de la independencia formal como tema de negociación», concluye Jonathan Steele, sobre la base de que Putin simplemente no aceptará la secesión<sup>55</sup>. Anatol Lieven califica el derecho de Rusia a hacer la guerra a Chechenia como «incontestable», al tiempo que pide valoraciones «más matizadas» sobre los crímenes de guerra rusos. Más recientemente ha insistido en que Occidente debería adoptar una línea más dura contra Masjadov, obligándole no sólo a romper con los «terroristas», sino a combatirlos «junto a las fuerzas rusas»<sup>56</sup>. El apoyo pleno de Blair a Putin, por su parte, sólo subraya la selectividad hipócrita de su «intervencionismo humanitario».

---

<sup>53</sup> D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., pp. 191, 205.

<sup>54</sup> John LAUGHLAND, «The Chechens' American Friends», *The Guardian* (8 de septiembre de 2004); Richard PIPES, «Give the Chechens a Land of Their Own», *New York Times* (9 de septiembre de 2004).

<sup>55</sup> «Doing Well out of War», *London Review of Books* (21 de octubre de 2004).

<sup>56</sup> Anatol Lieven, «Chechnya and the Laws of War», en D. Trenin y A. Malashenko, *Russia's Restless Frontier: The Chechnya Factor in Post-Soviet Russia*, cit., pp. 209-224; y A. Lieven, «A Western Strategy for Chechnya», cit.

## *Una lucha anticolonial*

La decisión de Putin en septiembre de 2004 de poner precio a las cabezas de Basaiev y Masjadov subraya su propósito: no considera la posibilidad de un acuerdo político con las fuerzas independentistas, ni otro futuro para Chechenia que no sea una serie de marionetas del Kremlin que repartan favores a aquellos cuya lealtad se pueda comprar o cuyas apetencias estén por encima de sus principios. Los rusos, reproduciendo la táctica israelí de proclamar que «no hay un interlocutor con el que hablar de paz», se han esforzado por impedir cualquier diálogo potencial; las repetidas propuestas de paz y ofertas de negociación de Masjadov –aceptando en la última un *status* de protectorado de la ONU como etapa intermedia en el camino hacia la independencia– han caído en oídos sordos.

Es, sin embargo, improbable que la solución militar que Rusia ha pretendido durante la última década llegue a materializarse. En 1994-1996 Chechenia obtuvo una notable victoria contra un adversario que la superaba abrumadoramente en soldados y armas, y aunque el puro peso de la fuerza desplegada actualmente contra ella hacen muy improbables éxitos a gran escala como la reconquista de Grozni en 1996, la propia brutalidad de la ocupación rusa sólo conseguirá generar resistencia. Esto significa también que quizá siga en pie el rasgo más destacado del panorama político postsoviético: el papel determinante desempeñado por esa diminuta nación en el destino de un vecino incomparablemente mayor. Los chechenos derrotaron al ejército ruso, paralizaron la presidencia de Yeltsin, proporcionaron el impulso decisivo para el ascenso de Putin al poder, y ahora suponen la principal amenaza para la estabilidad de Rusia. Pese a la ampliación sin apenas dificultades de su mandato hasta 2008, el flujo continuo de bajas en Chechenia puede en definitiva resultar tan costoso para Putin como lo fue para Yeltsin.

La envergadura de la destrucción provocada en Chechenia durante la última década, las decenas de miles de muertos, la continua barbarie de la ocupación, constituyen un reproche constante a la complacencia de los gobiernos y de los ciudadanos occidentales. Pero el aspecto más vergonzoso de las reacciones rusas y occidentales frente a Chechenia –una mezcla de complacencia entusiasta y de aquiescencia muda– es el rechazo permanente a aceptar la legítima aspiración de Chechenia a la independencia. No deberíamos contemporizar con tales evasivas. Los chechenos están comprometidos en una lucha anticolonial comparable a la desarrollada por otras colonias africanas y asiáticas de Europa durante el pasado siglo. Nunca han aceptado el dominio extranjero –«ninguna autoridad chechena legítima ha firmado nunca un tratado formal aceptando la autoridad rusa o soviética»– y han expresado repetidamente su apoyo democrático a la idea de la soberanía estatal<sup>57</sup>. El punto de partida para cualquier discusión debería ser que tienen tanto derecho a la independencia como cualquier otra nación.

---

<sup>57</sup> R. Khalilov, «Moral Justifications», cit., p. 410.